



# LECTURAS PARA EL VERANO: RECUERDOS Y OLVIDOS

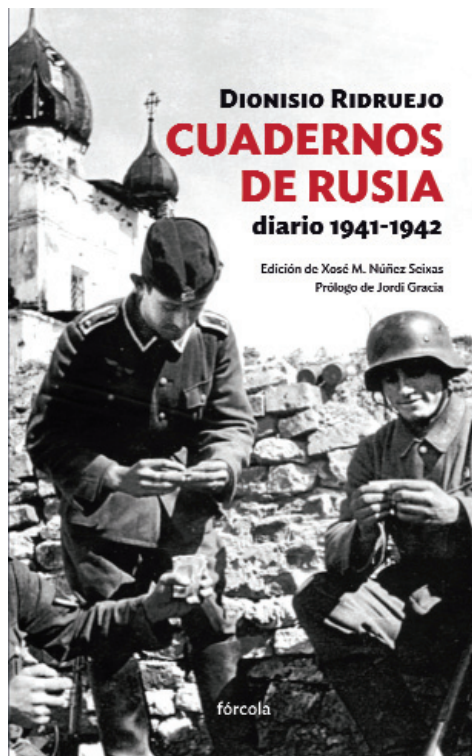
Por Mauro Armiño

**N**o todo está en los libros, pero casi; y siempre, mucho más que en esos argumentarios de respuestas perogrullas y falaces que utilizan esos que se llaman nuestros representantes. Estudiaron en su mayoría para leguleyos, registradores de la propiedad y demás oficios de picapleitos; y en eso se ha convertido el Congreso desde hace cuarenta años para consumir la estafa en que han convertido otra palabra: democracia, vaciada ya de sentido, como se ve estos días, con el inane presidente de Gobierno huyendo por las esquinas, refugiándose en los plasmados, amordazándose a sí mismo para no descubrir el pastel. Por si acaso alguno de ellos trata de lavarse las meninges de tanto chanchullo amañado, ofrezco, como suelo en estas fechas, y para la maleta del verano, algunos de los libros que liberan de la estulticia general que nos invade.

**El pasado que vuelve.** Retrocedo varios siglos para leer la reciente edición de *La Lozana andaluza*, perfecta, larga y sabiamente anotada por dos hispanistas, Folke Gernert y Jacques Joret (Galaxia Gutenberg); fue obra de un español extramuros, Francisco Delicado, de probable origen judío y converso, sacerdote luego, sifilítico desde su juventud —escribió dos tratados sobre el “mal francés” que padeció—, y que se fue a Italia, donde terminó muriendo, quizá en Venecia, con posterioridad a 1534, fecha en la que se pierden todos sus rastros. Menéndez Pelayo, agarrándose a las esencias más católicas y patrias, calificó el libro de “inmundo y feo”; su protagonista, Aldonza, llamada la Lozana, es una puta cordobesa que, tras varias andanzas por España, consigue establecerse en

Roma, con casa propia para ejercer su oficio de alcahueta, cortesana, comadrona, etc.; la pintura que del ambiente rufanesco romano, de la corrupción y abusos de la Iglesia hace Delicado, muestra a toda esa sociedad pasando por su fino prostíbulo: caballeros y grandes damas, plebeyos y ramera de baja estofa. Todo un cuadro vivo presentado en un lenguaje casi oral, que hace de *La lozana andaluza* uno de los libros capitales de la picaresca española; esto sí que es Marca España.

Aprovechando el cincuentenario de la publicación de *Rayuela*, la editorial Alfaguara publica una edición conmemorativa que nos devuelve a muchos a la juventud, cuando devoramos esa novela de Julio Cortázar de un tirón y sin dormir. Cincuenta años después, quizá por la nostalgia, el libro sigue



En la relectura se recupera un aroma de pasado en el que aún existía.

vivo y se lee sin que hagan ya mella las dificultades impuestas por el juego de rayuela que el novelista argentino inventó; si hoy cuesta leer sus cuentos por su barroquismo algo forzado, la oferta imaginativa que Cortázar ofrece aquí con las relaciones de Oliveira, la Maga, Talita, Traveler, etc., la capacidad poética para describir sentimientos o el paisaje parisino, permiten recuperar casi la emoción con que se leyó hace cincuenta años. Léanla, y háganlo como les dé la gana, siguiendo o sin seguir el orden de capítulos que el autor sugirió, y aprovechen el juego de espejos de los capítulos que el propio Cortázar calificó de “prescindibles”. En la relectura se recupera un aroma de pasado en el que aún existían esperanzas de todo y para todo: de la imaginación, de la literatura, de la política como arma de futuro. Y alivia nimbarse en ese aroma, aunque sólo sea el mes de agosto, antes de volver al tráfigo de la mentira y la chabacana realidad que nos construyen.

**Por su homofobia los conoceréis.** Más de cien años lleva el fantasma de Oscar Wilde acosando las mentes, pese a los perdones que tanto Iglesia como Gobierno inglés han terminado pidiendo por el infame proceso que acabó con el poeta. Ya me hice eco hace tiempo en estas páginas de *Oscar Wilde en España*, libro de Sergio Constan, al que ahora José Esteban añade un capítulo pormenorizado en *Los amigos españoles de Oscar Wilde* (Editorial Reino de Cordelia, 2013) recogiendo testimonios de escritores coetáneos, desde Pérez Galdós a Pío Baroja, pa-



esperanzas. Alivia nimbarse en él, aunque sólo sea en agosto.

sando por Gómez de la Serna, Rubén Darío, Machado, etc. Testimonios de primera mano, acompañados de apreciaciones que, aunque no tan infames como las que se hicieron contra él con motivo de la llegada a España de su *Salomé* (he transcrito algunas en mi reedición de esa obra –Alianza Editorial, 2013–, perdón por la autocita), pintan la catadura moral de alguna de estos “cráneos privilegiados”; en su mayoría acogen bien la obra de Wilde, lamentan su infamante destino, pero la homofobia que demuestran Baroja, Pérez de Ayala o González Ruano no es más que un antecedente de la actual; aunque la aceptación de la homosexualidad parece hoy en líneas generales evidente en España, por debajo el dogma homófobo sigue predicándose desde los púlpitos, con algunos cabezas de serie empeñados en condenar la libertad de cada quien para elegir su propio camino; empezando por el obispo de Alcalá de Henares, Juan Antonio Reig Plà, que ameniza de vez en cuando las primeras páginas de la prensa con sus disparates y que hace tres semanas presentaba *Amar en diferencia. Las formas de la sexualidad en el pensamiento católico*, donde se recogen, erre que erre, las actas de un simposio organizado por la Congregación para la Doctrina de la Fe (antes llamada Santo Oficio o Inquisición, para entendernos), repitiendo enésimamente la doctrina oficial; la misma que este Reig Plà pregona desde la página web de su obispado alcalaíno, titulada *Homosexualidad y esperanza*, donde nos traslada su sabiduría sobre el tema: que las personas homosexuales pueden dejar de serlo con “te-

rapias reparadoras” que contrarresten las “ideologías marxistas y liberales”. En fin, la Iglesia eterna.

**Dos recuerdos.** Por aquellos mismos años de Wilde, en las dos primeras décadas del siglo, otro escritor desvelaba los resortes de la memoria en la conciencia de la persona, del sujeto en *A la busca del tiempo perdido*, novela escrita en su parte final con la ayuda, cierto que sólo física, de una modesta ama de llaves, Céleste Albaret, muerta en 1981. Reaparecen ahora sus recuerdos en *Monsieur Proust* (Editorial Capitán Swing), en traducción que Esther Tusquets y Elisa Martín publicaron hace años y que, metido de hoz y coz en el texto *proustiano*, se me pasó entonces. Céleste, una muchacha auvernesa casi analfabeta, que con veintidós años entra a servir en casa de Proust, se convertirá en la confidente de la obra del escritor, en el burro de carga de sus caprichos, de sus horarios intempestivos; el *monsieur* llegará a utilizarla para todo, incluidas labores de secretaria y de lectora de novedades literarias en cualquier momento del día y de la noche; para su libro, el escritor probaba giros e ideas en la lengua auvernesa de la joven, que pasó a ser parcialmente en la ficción Françoise, la gobernanta del narrador; som-

bra de los menores deseos y caprichos de Proust, éste trasladó a ella el fuerte amor filial que el escritor había sentido hacia su madre, sobre todo, a raíz de su fallecimiento en 1905. En 1924, tras la muerte de su *monsieur*, Céleste desaparece para retirarse a la “vida privada” con su marido –chófer de Proust–, rechazando las ofertas de ayuda del hermano del escritor, y regentar un pequeño hotelito por el que pasaron algunos españoles –Eduardo Haro Tecglen–. Redescubierta en la década de los 1970, con 82 años redactó, con la ayuda del periodista Georges Belmont, este libro para corregir las desviaciones que sufría la imagen de su señor en otros libros de memoria. Y nos ofrece confidencias de la vida cotidiana, manías y obsesiones de Proust, el pormenor de la escritura de sus novelas, sus últimos momentos, tras los cuales Céleste sintió que, a lo largo de toda su vida, su *monsieur* seguía protegiéndola. Excelente memoria sentimental de las intimidades *proustianas* a la que le falta un hecho tabú: a Céleste también le parecía pecado, o su mente aldeana no logró comprender, la homosexualidad del autor de *A la busca del tiempo perdido*, que elimina de todo su relato.

Pueden echar también a la maleta unas memorias de Dionisio Ridruejo, *Cuadernos de Rusia, diario 1941-1942* (Ediciones Fórcola), en magnífica edición de Xosé Núñez Seijas, prologado por otro *ridruejista*, Jordi Gracia. Son los recuerdos que ese falangista, alto jefarca del fascismo en 1939, escribió sobre su etapa como miembro de la División Azul, engendro que él mismo inventó junto con Mora Figueroa y Serrano Suñer en sus sueños de heroicidades cidianas; prosa magnífica para narrar la dureza de la guerra vivida en Rusia junto el resto de los divisionarios, redactada todavía bajo la férula de sus ideas falangistas, pero cuando ya Ridruejo había empezado a distanciarse del régimen y sufría destierro en Ronda por recordar a Franco la *misión histórica* de la Falange; en 1942 aquella *revolución* empezaba a quedarse pendiente, como un elemento decorativo más del poder total que para sí buscaba el general. Ridruejo terminaría pasando de la “misión histórica” fascista a la que se creía destinado a compañero de viaje de una socialdemocracia *sui generis*. Pero murió cinco meses antes que el dictador. ●

